

Prólogo de *La edad de la técnica* de Jacques Ellul

En *La edad de la técnica*, Jacques Ellul formula una filosofía social completa y contundente de nuestra civilización técnica. Menos penetrante que *Los ingenieros y el sistema de precios* de Thorstein Veblen, amplía sin embargo el alcance de la investigación sobre las consecuencias de tener una sociedad impregnada de técnicos. El libro de Ellul es más colorido e incisivo que *El hombre y la técnica* de Oswald Spengler—que, por el contrario, parece descolorido y poco perceptivo—y es más analítico que la trilogía de Lewis Mumford, aunque Ellul maneja las pruebas históricas con mucha más moderación y menos seguridad que Mumford. Y es más amplio y sistemático que *La mecanización toma el mando*, de Siegfried Giedion, que, de todos los libros que coinciden con el tema de Ellul, es el que más se acerca a dar al lector una idea de lo que el dominio de la técnica podría significar para el presente y el futuro del hombre. En resumen, independientemente de sus deficiencias ocasionales, *La edad de la técnica* nos obliga a examinar de nuevo lo que el autor describe como la tragedia esencial de una civilización cada vez más dominada por la técnica.

A pesar de que Ellul hace hincapié en la erosión de los valores morales provocada por el tecnicismo, no ha escrito un tratado lúdicamente de los últimos tiempos ni un apocalipsis sociológico. Demuestra que conoce a fondo las peroratas perpetuadas por los tecnófobos y, en su mayor parte, consigue evitar sus clichés. De hecho, los desmonta con maestría para mostrarlos como las afirmaciones vacías que suelen ser. Tampoco se limita a sustituir el análisis riguroso por un tono moral elevado o por quejas ruidosas. Su contribución es mucho más sustancial. Examina el papel de la técnica en la sociedad moderna y ofrece un sistema de pensamiento que, con algunas modificaciones críticas, puede ayudarnos a entender las fuerzas que están detrás del desarrollo de la civilización técnica que es distintivamente nuestra.

El vocabulario idiosincrático de Ellul ha sobrevivido lo suficiente a los peligros de la migración transoceánica como para que debamos tener en cuenta los significados especiales que asigna a los términos básicos. Por técnica, por ejemplo, entiende mucho más que la tecnología de las máquinas. La técnica se refiere a cualquier complejo de medios estandarizados para alcanzar un resultado predeterminado. Así, convierte el comportamiento espontáneo e irreflexivo en un comportamiento deliberado y racionalizado. Al hombre técnico le fascinan los resultados, las consecuencias inmediatas de la puesta en marcha de dispositivos estandarizados. No puede dejar de admirar la espectacular eficacia de las armas nucleares de guerra. Por encima de todo, está comprometido con la búsqueda incesante de “la mejor manera” de lograr cualquier objetivo designado.

La nuestra es una civilización progresivamente técnica: con ello Ellul quiere decir que el imperio siempre creciente e irreversible de la técnica se extiende a todos los ámbitos de la vida. Es una civilización comprometida con la búsqueda de medios continuamente mejorados para fines descuidadamente examinados. En efecto, la técnica transforma los fines en medios. Lo que antes se

valoraba por sí mismo, ahora sólo vale la pena si ayuda a conseguir otra cosa. Y, a la inversa, la técnica transforma los medios en fines. El “saber hacer” adquiere un valor último.

La influencia vital de la técnica es, por supuesto, más evidente en la economía. Produce una creciente concentración de capital (como observó prescientemente Marx). Las grandes concentraciones de capital requieren un control cada vez mayor por parte del Estado. La planificación, que antes se limitaba en gran medida a la empresa, se convierte ahora en el orden del día de la economía en su conjunto. El dominio de la técnica impone el centralismo en la economía (a pesar de los esfuerzos comparativamente intrascendentes para descentralizar las empresas industriales individuales), ya que una vez que la técnica se desarrolla más allá de un grado determinado, no hay alternativa eficaz a la planificación. Pero este proceso inevitable es impersonal.

Sólo los ingenuos pueden creer realmente que el movimiento mundial hacia el centralismo es el resultado de las maquinaciones de malvados estadistas.

La propia disciplina intelectual de la economía se tecnifica. El análisis económico técnico sustituye a la antigua economía política, que incluía una gran preocupación por la estructura moral de la actividad económica. Así, la doctrina se convierte en procedimiento. En este ámbito, como en otros, los técnicos forman una fraternidad cerrada con su propio vocabulario esotérico. Además, sólo se ocupan de lo que es, a diferencia de lo que debería ser.

La política, a su vez, se convierte en un terreno de disputa entre técnicas rivales. El técnico ve la nación de forma muy diferente al hombre político: para el técnico, la nación no es más que otra esfera en la que aplicar los instrumentos que ha desarrollado. Para él, el Estado no es la expresión de la voluntad del pueblo ni una creación divina ni una criatura del conflicto de clases. Es una empresa de servicios que debe funcionar *eficazmente*. Juzga a los Estados en función de su capacidad para utilizar las técnicas con eficacia, no en función de su justicia relativa. La doctrina política gira en torno a lo que es útil y no a lo que es bueno. Los fines desaparecen de la vista y la eficiencia se convierte en la preocupación central. Como forma política más adecuada para el uso masivo y sin principios de la técnica, la dictadura gana en poder. Y esto reduce el abanico de opciones para las democracias: o también utilizan alguna versión de la técnica eficaz—control centralizado y propaganda—o se quedarán atrás.

Las restricciones al dominio de la técnica son cada vez más tenues. La opinión pública no ejerce ningún control porque también está orientada en gran medida hacia el “rendimiento” y la técnica se considera el principal instrumento de rendimiento, ya sea en la economía o en la política, en el arte o en el deporte.

Al no comprender lo que el imperio de la técnica le hace a él y a su mundo, el hombre moderno se ve acosado por la ansiedad y el sentimiento de inseguridad. Intenta adaptarse a cambios que no puede comprender. El conflicto de la propaganda sustituye al debate de ideas. La técnica asfixia las ideas que ponen en tela de juicio su dominio y filtra para el debate público sólo las ideas que concuerdan sustancialmente con los valores creados por una civilización técnica. La crítica social se niega porque sólo hay un ligero acceso a los medios técnicos necesarios para llegar a un gran número de personas.

En la concepción de Ellul, pues, la vida no es feliz en una civilización dominada por la técnica. Incluso la muestra externa de felicidad se compra al precio de la aquiescencia total. La edad de la técnica exige a los hombres que se contenten con lo que se les exige que les guste; a los que no se contentan, les proporciona distracciones, escapando a la absorción con medios de cultura popular y comunicación dominados por la técnica . Y el proceso es natural: cada parte de una civilización técnica responde a las necesidades sociales generadas por la propia técnica. El progreso consiste entonces en una progresiva deshumanización: una sumisión ocupada, inútil y, al final, suicida a la técnica.

Lo esencial, según Ellul, es que la técnica produce todo esto sin planearlo; nadie lo quiere ni dispone que sea así. Nuestra civilización técnica no es el resultado de un plan maquiavélico. Es una respuesta a las “leyes del desarrollo” de la técnica.

Al proponer y ampliar esta tesis, Ellul reabre el gran debate sobre el significado social, político, económico y filosófico de la técnica en la era moderna. No es necesario estar de acuerdo con Ellul para aprender de él. Nos ha dado un libro provocador, en el sentido de que nos ha hecho reexaminar nuestros supuestos y buscar los fallos de sus propias previsiones sombrías. Al hacerlo, nos ayuda a ver más allá de la banal afirmación de que la nuestra se ha convertido en una sociedad de masas, y nos conduce a una mayor comprensión de esa sociedad.

ROBERT K. MERTON, Universidad de Columbia, enero de 1964